



www.loqueleo.com/es

Título original: REFUGEE

© 2017, Alan Gratz. Todos los derechos reservados

Publicado por acuerdo con Scholastic Inc.,

557 Broadway, Nueva York, NY 10012, EE. UU.

Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.U.,

Barcelona, www.uklitag.com

© De la traducción: Julio Hermoso

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-233-0

Depósito legal: M-10.745-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: septiembre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Mapas: Jim McMahon

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A L A N G R A T Z

REFUGIADO

loqueleg

Para John Gratz.

**Josef
Berlín, Alemania
1938**

¡CRAC! ¡BAM!

7

Josef Landau se incorporó de golpe en la cama con el corazón acelerado. Aquel ruido... era como si alguien hubiese tirado la puerta abajo de una patada para entrar en la casa. ¿O es que lo había soñado?

Josef escuchó atento y forzó el oído en la oscuridad. No estaba acostumbrado a los sonidos de aquel piso nuevo, más pequeño, al que su familia y él se habían visto obligados a mudarse. Ya no se podían permitir la casa antigua, no desde que los nazis le dijeron al padre de Josef que ya no podía ejercer de abogado por ser judío.

La hermana pequeña de Josef, Ruth, seguía dormida al otro lado de la habitación. Josef intentó relajarse. Quizá solo había tenido una pesadilla.

Fuera de su cuarto, algo se movió con un gruñido y unos pasos acelerados.

¡Había alguien en la casa!

Con ayuda de las manos y los pies, Josef retrocedió sobre la cama con los ojos muy abiertos. En la habitación de al lado se oyó un ruido de cristales rotos... ¡Criss!

Ruth se despertó y dio un grito. Chilló por puro terror, un terror ciego. Solo tenía seis años.

—¡Mamá! —gritó Josef—. ¡Papá!

8 Unas sombras imponentes irrumpieron en la habitación. Fue como si el aire crujiese a su alrededor con el ruido estático de una radio. Josef intentó esconderse en un rincón de la cama, pero unas manos oscuras se lanzaron a por él. Trataban de agarrarlo. Gritó aún más fuerte que su hermana pequeña, y su voz se impuso a la de Ruth. Pataleaba y se agitaba presa del pánico, pero una de las sombras lo agarró del tobillo y lo arrastró boca abajo por la cama. Josef trató de agarrarse a las sábanas, pero aquellas manos eran demasiado fuertes. Josef estaba tan asustado que se orinó encima y notó que el calor se extendía por su pijama.

—¡No! —gritó Josef—. ¡No!

Las sombras lo tiraron al suelo. Otra sombra agarró a Ruth del pelo y le dio una bofetada.

—¡Cállate! —chilló la sombra y lanzó a Ruth al suelo junto a Josef.

La impresión le cerró la boca a Ruthie, pero solo por un instante. Acto seguido lloró con más fuerza, más alto.

—*Calla, Ruthie, calla* —le suplicó Josef. La cogió en sus brazos y le dio un abrazo protector—. Ahora calla.

Se acurrucaron juntos en el suelo mientras las sombras agarraban la cama de Ruth y la lanzaban contra la pared. ¡Pum! La cama se rompió en pedazos. Las sombras arrancaron cuadros, sacaron los cajones de las cómodas y tiraron las prendas de ropa por todas partes. Machacaron

lámparas y bombillas. Josef y Ruth se aferraron el uno al otro, aterrorizados y con el rostro humedecido por las lágrimas.

Las sombras volvieron a agarrarlos y los llevaron a rastras al salón. Lanzaron a Josef y a Ruth al suelo una vez más y encendieron la luz del techo. Cuando a Josef se le acostumbraron los ojos, vio a los siete desconocidos que habían invadido su casa. Algunos de ellos vestían de calle: camisa blanca remangada, pantalones grises de vestir, gorra marrón de lana y botas pesadas de cuero. La mayoría llevaba la camisa parda con la banda roja con la esvástica de los *Sturmabteilung*, las tropas de asalto de Adolf Hitler.

9

Los padres de Josef también estaban allí, tirados en el suelo a los pies de los camisas pardas.

—¡Josef! ¡Ruth! —gritó mamá cuando los vio.

Se abalanzó a por sus hijos, pero uno de los nazis la agarró del camión y tiró de ella hacia atrás.

—Aaron Landau —le dijo uno de los camisas pardas al padre de Josef—. Ha continuado ejerciendo la abogacía a pesar de que los judíos tienen prohibido hacerlo bajo la Ley para la Restauración del Servicio Civil de 1933. Por este delito cometido contra el pueblo de Alemania será internado bajo custodia de protección.

Josef miró a su padre con cara de pánico.

—Todo esto es un malentendido —dijo papá—. Si me dieran ustedes la oportunidad de explicarles...

El camisa parda desoyó a papá e hizo un gesto con la barbilla a los otros hombres. Dos de los nazis levantaron

de golpe al padre de Josef, lo pusieron de pie y lo llevaron a rastras hacia la puerta.

—¡No! —gritó Josef.

Tenía que hacer algo. Se puso en pie de un brinco, agarró del brazo a uno de los hombres que se llevaban a su padre e intentó liberarlo. Otros dos hombres separaron a Josef de un tirón y lo sujetaron mientras forcejeaba contra ellos.

El camisa parda que estaba al mando se echó a reír.

10 —¡Mirad esto! —dijo y señaló hacia la mancha húmeda en el pijama de Josef—. ¡El crío se ha meado encima!

Los nazis se rieron, y Josef sintió que le ardía la cara por la vergüenza. Se revolvió en manos de aquellos hombres, tratando de liberarse.

—Pronto seré un hombre —les dijo Josef—. Lo seré dentro de seis meses y once días.

Los nazis se volvieron a reír.

—¡Seis meses y once días! —dijo el camisa parda—. Ni que lo estuviera contando. —El hombre se puso serio de repente—. Quizá estés ya tan cerca que deberíamos llevarte a ti también a un campo de concentración, igual que a tu padre.

—¡No! —gritó mamá—. No, mi hijo solo tiene doce años. No es más que un crío. Por favor..., no.

Ruth se abrazó a la pierna de Josef y se puso a llorar.

—¡No se lo lleve! ¡No se lo lleve!

El camisa parda frunció el ceño ante el ruido e hizo un gesto a los hombres que sujetaban a Aaron Landau para que se lo llevaran. Josef se quedó mirando cómo sacaban

a rastras a papá con el sonido de los sollozos de mamá y el llanto de Ruth.

—Chaval, no tengas tanta prisa por hacerte mayor —le dijo el camisa parda a Josef—. No tardaremos en venir a por ti.

Los nazis destrozaron el resto de la casa de Josef, rompieron los muebles, estamparon los platos y rasgaron las cortinas. Se marcharon de manera tan repentina como habían llegado, y Josef, su hermana y su madre se apiñaron de rodillas en el centro de la habitación. Finalmente, cuando hubieron derramado todas las lágrimas que eran capaces de llorar, Rachel Landau se llevó a sus hijos a su dormitorio, recompuso la cama y se abrazó con fuerza a Josef y a Ruth hasta que llegó la mañana.

11

En los días siguientes, Josef se enteró de que su familia no había sido la única a la que habían atacado los nazis aquella noche. Otros hogares judíos, comercios y sinagogas quedaron destruidos por toda Alemania, y decenas de miles de hombres judíos fueron arrestados y enviados a campos de concentración. Lo llamaron la *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos.

Los nazis no lo habían dicho con palabras, pero el mensaje estaba claro: a Josef y a su familia no los querían ya en Alemania. De todas formas, Josef, su madre y su hermana no se iban a ir a ninguna parte. Todavía no. No sin el padre de Josef.

Mamá se pasó semanas yendo de una oficina del gobierno a otra tratando de averiguar dónde estaba su

marido y cómo podía lograr que regresara. Nadie quería decirle nada, y Josef comenzó a desesperarse pensando que no volvería a ver a su padre.

Entonces, seis meses después de que se lo llevaran, la familia recibió un telegrama. ¡Un telegrama de papá! Lo habían liberado de un campo de concentración llamado Dachau, pero solo con la condición de que abandonase el país en un plazo de catorce días.

12 Josef no se quería marchar. Alemania era su hogar. ¿Adónde irían? ¿Cómo vivirían? No obstante, los nazis ya les habían dicho dos veces que se marcharan, y la familia Landau no se iba a quedar esperando a ver qué hacían los nazis a continuación.

Isabel
A las afueras de La Habana, Cuba
1994

Solo hicieron falta dos intentos para conseguir que la esquelética gatita multicolor saliese de debajo de la casa de bloques de hormigón ligero de color rosa y se pusiera a comer de la mano de Isabel Fernández. La gata estaba famélica, igual que todo el mundo en Cuba, y el hambre que tenía no tardó en vencer al miedo.

13

La gata era tan pequeña que apenas podía dar mordisquitos a las judías. La pequeña barriga ronroneaba como un motor fuera borda, y, entre mordisco y mordisco, el animal empujaba con la cabeza contra la mano de Isabel.

—No eres muy bonita que digamos, ¿verdad, gatita?
—dijo Isabel.

Tenía el pelaje irregular y apagado, sin brillo, e Isabel podía notar los huesos del animal a través de la piel. La gatita no era muy distinta a ella, se percató Isabel: estaba flaca, hambrienta, y le hacía buena falta un baño. Isabel tenía once años, y era todo brazos y piernas larguiruchas. Tenía la piel morena y salpicada de pecas, y llevaba el pelo negro y corto para el verano, recogido detrás de las orejas. Iba descalza como siempre, y lucía la misma camiseta

de tirantes y los mismos pantalones cortos que se había puesto toda la semana.

14 La gatita devoró la última de las judías y soltó un maullido lastimero. Isabel pensó que ojalá tuviese algo más que darle, pero aquella comida ya era más de lo que ella se podía permitir. Su propia ración no había sido mucho mayor que la de la gata: apenas unas cuantas judías y una montañita de arroz blanco. Ya había cupones de racionamiento para conseguir comida cuando Isabel era pequeña, pero la Unión Soviética había caído unos años atrás, en 1991, y Cuba había tocado fondo. Cuba era un país comunista, igual que lo había sido Rusia, y, durante décadas, los soviéticos estuvieron comprando el azúcar cubano y enviando a cambio comida, gasolina y medicinas a la pequeña isla.

Pero, cuando desapareció la Unión Soviética, lo mismo sucedió con todas sus ayudas. Todas las plantaciones de Cuba cultivaban únicamente azúcar, y, al no tener a nadie a quien vendérselo, los campos de caña se secaron, las refinerías de azúcar cerraron, y la gente perdió su trabajo. Sin el combustible de Rusia, no podían poner en marcha los tractores para cambiar los cultivos y plantar alimentos, y, sin alimentos, la población cubana empezó a pasar hambre. Ya habían sacrificado a todas las vacas, los cerdos y las ovejas, y se los habían comido. La gente irrumpió, incluso, en el zoo de La Habana y se comió los animales, y los felinos como aquella pequeña gatita habían acabado en la mesa de la cena.

Sin embargo, nadie se iba a comer a *esta* gata.

—Tú serás nuestro pequeño secreto —susurró Isabel.

—Eh, Isabel —dijo Iván, que le hizo dar un salto.

La gata salió disparada y se metió debajo de la casa.

Iván era un año mayor que Isabel y vivía en la puerta de al lado. Isabel y él eran amigos desde cuando a ella le alcanzaba la memoria. Iván tenía la piel más clara que Isabel, con el pelo oscuro y rizado. Vestía una camiseta con el logotipo de Industriales, el equipo de béisbol de La Habana, y una gorra de béisbol de los Yankees de Nueva York con las elegantes letras «NY». De mayor quería ser jugador profesional de béisbol, y era lo suficientemente bueno como para que aquello no fuese un sueño disparatado.

15

Iván se dejó caer en el suelo polvoriento junto a Isabel.

—¡Mira! He encontrado un trozo de un pez muerto en la playa, para la gata.

Isabel retrocedió ante el olor, pero la gatita regresó corriendo y se puso a comer con ansias de la mano de Iván.

—Hay que ponerle un nombre a esta gata —dijo Iván, que le ponía nombre a todo: a los perros callejeros que se paseaban por el pueblo, a su bicicleta, incluso a su guante de béisbol—. ¿Qué tal Jorge? ¿O Javier? ¿O Lázaro?

—¡Todos son nombres de chico! —exclamó Isabel.

—Sí, pero todos juegan en los Leones, y ella es una leoncita. —Los Leones era el apodo del equipo de Industriales.

—¡Iván! —le llamó su padre desde la puerta de al lado—. Necesito que me ayudes en el cobertizo.

Iván se puso en pie.

—Me tengo que ir. Estamos haciendo... una caseta para el perro —dijo antes de marcharse corriendo.

Isabel hizo un gesto negativo con la cabeza. Iván creía que disimulaba bien, pero Isabel sabía exactamente lo que su padre y él estaban construyendo en el cobertizo, y no era una caseta para el perro. Era una barca. Una barca para ir navegando a Estados Unidos.

16 A Isabel le preocupaba que pillasen a la familia Castillo. Fidel Castro, el hombre que gobernaba en Cuba como presidente y primer ministro, no permitía que nadie abandonara la isla, y menos aún para ir a Estados Unidos. Si te pillaban tratando de marcharte de Cuba en una barca, Castro te metía en la cárcel. Y Estados Unidos tampoco querían más refugiados cubanos. Los barcos guardacostas norteamericanos patrullaban las noventa millas de mar abierto que había entre La Habana y Florida y, si te pillaban, el presidente norteamericano Bill Clinton te enviaba a la base naval de la bahía de Guantánamo, en el extremo sur de la isla de Cuba. Después te entregaban a Castro, que te metía en la cárcel.

Isabel sabía todo aquello porque a su propio padre lo habían capturado y lo habían metido en la cárcel la última vez que trató de llegar navegando a Estados Unidos.

Isabel vio que su padre y su abuelo bajaban por la calle camino de la ciudad para hacer cola para recibir comida. Volvió a meter a la gatita debajo de la casa y entró a buscar su trompeta. A Isabel le encantaba acompañarlos cada vez que iban a La Habana, se colocaba en una esquina y tocaba la trompeta por unos pesos. Nunca ganaba mucho,

pero no porque no fuese buena. Como su madre solía decir, Isabel era capaz de ponerse a tocar y conseguir que en el cielo se abriesen los nubarrones de tormenta. La gente se detenía a escucharla, aplaudían y seguían el ritmo con el pie cuando ella tocaba, pero casi nunca le daban dinero, porque, después del hundimiento de la Unión Soviética, los cupones de racionamiento eran prácticamente la única moneda que tenía todo el mundo. Y los cupones de racionamiento no servían para casi nada: no había la suficiente comida, tuvieses cupones o no.

17

Isabel alcanzó a su padre y a su abuelo, y más tarde se separó de ellos al llegar al Malecón, el ancho paseo que seguía el trazado curvo del espigón del puerto de La Habana. A un lado del camino se alzaba un bloque tras otro de tiendas y casas verdes, amarillas, rosas y celestes. Tenían la pintura desconchada, y los edificios estaban viejos y maltratados por las inclemencias del tiempo, pero a ella le seguían pareciendo grandiosos. Isabel se detuvo en el ancho paseo marítimo, en un lugar donde parecía tener a la vista La Habana entera. Madres que empujaban carritos de bebé por la acera. Parejas que se besaban bajo las palmeras. Músicos callejeros que tocaban rumbas con guitarras y tambores. Chicos que se turnaban para zambullirse en el mar. Era el lugar preferido de Isabel en toda la ciudad.

Lanzó una vieja gorra de béisbol al suelo por si se daba la poco probable casualidad de que a alguien le sobrara algún peso, y se llevó la trompeta a los labios. Mientras soplabla, sus dedos pulsaban las notas que se

sabía de memoria. Era una melodía de salsa que le gustaba tocar, pero esta vez Isabel escuchó más allá de la música, más allá del ruido de los coches y camiones del Malecón, más allá de las charlas de la gente al pasar, más allá del sonido de las olas al romper contra el espigón a su espalda.

Isabel trataba de escuchar la clave que subyacía bajo la música, aquel son misterioso y oculto que había en la música cubana y que parecía oír todo el mundo salvo ella.

18 Un ritmo irregular que se superponía al compás regular, como un latido bajo la piel. Por mucho que lo hubiese intentado, Isabel nunca lo había oído, nunca lo había sentido. Y ahora escuchaba con detenimiento, tratando de percibir el latido del corazón de Cuba en su propia música.

En cambio, lo que oyó fue el sonido de unos cristales rotos.

**Mahmoud
Alepo, Siria
2015**

Mahmoud Bishara era invisible, y eso era exactamente lo que él quería. Ser invisible era su manera de sobrevivir.

19

No era literalmente invisible. Si te fijabas bien en Mahmoud y captabas un fugaz vistazo bajo la capucha que se dejaba puesta sobre la cara, veías a un chico de doce años con una nariz larga y contundente, unas cejas negras y espesas y el pelo negro y muy corto. Era bajo y fornido, de anchos hombros y musculoso a pesar de la escasez de alimentos. No obstante, Mahmoud hacía todo lo posible con tal de ocultar su tamaño y su rostro, con tal de pasar desapercibido. En cualquier momento te podía sobrevenir la muerte, al azar, por el misil de un caza o el lanzacohetes de un soldado, cuando menos te lo esperabas. Pasearte por ahí y hacerte notar ante el ejército sirio o los rebeldes que combatían contra ellos no era más que buscarse problemas.

Mahmoud se sentó en el centro de una fila de pupitres en la mitad posterior de su clase, donde el profesor no le preguntaría. Cada pupitre tenía la anchura suficiente para tres alumnos, y Mahmoud se sentó entre otros dos chicos llamados Ahmed y Nedhal.

Ahmed y Nedhal no eran sus amigos. Mahmoud no tenía amigos.

Así era más sencillo ser invisible.

Uno de los profesores recorrió el pasillo haciendo sonar una campanilla de mano, y Mahmoud recogió su mochila y se marchó a buscar a su hermano pequeño, Waleed.

20 Waleed tenía diez años e iba dos cursos por debajo de su hermano. También llevaba el pelo negro muy corto, pero él se parecía más a su madre, más estrecho de hombros, las cejas más finas, la nariz más chata y las orejas más grandes. Tenía unos dientes que parecían desproporcionados para aquella cara, y al sonreír parecía una ardilla de los dibujos animados. Tampoco es que Waleed sonriese mucho ya. Mahmoud no recordaba la última vez que había visto reír a su hermano, o llorar, o mostrar cualquier tipo de emoción.

La guerra había convertido a Mahmoud en un chico nervioso, que se sobresaltaba con facilidad. Obsesionado. A su hermano pequeño lo había convertido en un robot.

Aunque su apartamento no estaba muy lejos, Mahmoud llevaba a Waleed por una ruta distinta cada día. A veces se metían por callejuelas; podía haber soldados en las calles, y nunca sabías de qué bando estaban en aquella guerra. Los edificios bombardeados también eran un buen lugar. Mahmoud y Waleed podían desaparecer entre los montones de hierros retorcidos y de hormigón destrozado, y no había paredes que se les fuesen a caer encima si pasaba sobre ellos el silbido de un proyectil de

artillería. Sin embargo, si algún avión dejaba caer una bomba de barril, entonces sí necesitabas las paredes. Las bombas de barril estaban llenas de clavos y de trozos de metal y, si no tenías una pared detrás de la cual esconderte, te despedazaban.

Las cosas no habían sido siempre así. Apenas cuatro años atrás, su localidad natal de Alepo era la mayor, la más resplandeciente y la más moderna de las ciudades de Siria, la joya de la corona de Oriente Medio. Mahmoud recordaba los centros comerciales con luces de neón, los deslumbrantes rascacielos, los estadios de fútbol, los cines, los museos. Alepo era también una ciudad con historia, y era una historia muy larga. El casco antiguo, en el corazón de Alepo, se construyó en el siglo XII, y ya vivía gente en aquella zona hacia el año 6000 a. C. Alepo era una asombrosa ciudad en la que crecer.

Hasta 2011, cuando llegó a Siria la Primavera Árabe.

Al principio no la llamaban así. Nadie sabía que una oleada de revoluciones barrería Oriente Medio derribando gobiernos, derrocando a dictadores e iniciando guerras civiles. Todo cuanto sabían por las imágenes de televisión y los comentarios en Facebook y en Twitter era que la gente estaba causando disturbios en Túnez, en Libia y en Yemen, y que cuando un país se levantaba y decía «¡Ya basta!», lo mismo hacía el siguiente, y el siguiente, hasta que la Primavera Árabe acabó llegando a Siria.

Los sirios, sin embargo, sabían que era peligroso manifestarse en las calles. Siria estaba gobernada por Bashar al-Asad, que ya había sido «elegido» presidente dos veces

en unas elecciones en las que no se permitió que nadie se presentara contra él. Al-Asad hacía que desaparecieran aquellas personas a las que él no les gustaba. Desaparecían para siempre. Todo el mundo tenía miedo de lo que haría en caso de que la Primavera Árabe barriese Siria. Había un antiguo proverbio árabe que decía: «Cierra la puerta por donde entra la corriente y descansa», y eso fue justo lo que hicieron; mientras había revueltas por todo el resto de Oriente Medio, los sirios se quedaron en casa, cerraron la puerta y esperaron a ver qué pasaba.

Pero no cerraron bien la puerta. Un hombre fue encarcelado en Damasco, la capital de Siria, por manifestarse en contra de Al-Asad. Unos críos de Daraa, una ciudad del sur de Siria, fueron arrestados y maltratados por la policía por hacer unas pintadas en contra de Al-Asad en las paredes. Y después fue como si todo el país se volviese loco de repente. Decenas de miles de personas se echaron a la calle exigiendo la liberación de los presos políticos y más libertad para todo el mundo. Un mes más tarde, Al-Asad dirigía sus tanques, sus tropas y sus bombarderos contra los manifestantes –su propio pueblo– y, desde entonces, todo lo que Mahmoud, Waleed y el resto de Siria habían conocido era la guerra.

Mahmoud y Waleed doblaron la esquina de un callejón sembrado de escombros distinto del que habían recorrido el día anterior y se detuvieron en seco. Justo delante de ellos, dos chicos tenían a otro muchacho sujeto contra lo que quedaba de una pared y estaban a punto de quitarle la bolsa de pan que llevaba.

A Mahmoud se le aceleró el pulso y empujó a Waleed detrás de un coche calcinado. Los incidentes como aquel eran comunes últimamente en Alepo. Cada vez era más y más difícil conseguir comida en la ciudad, pero, a Mahmoud, la escena le trajo el recuerdo de otros tiempos, justo después de que empezara la guerra.

Mahmoud se dirigía entonces al encuentro de su mejor amigo, Khalid. Bajando por una calle exactamente igual que aquella, se encontró con que dos chicos más mayores estaban pegando a Khalid. Igual que Mahmoud, Khalid era un musulmán chií en un país de musulmanes suníes. Khalid era inteligente. Muy listo. Siempre veloz al levantar la mano en clase y siempre con la respuesta correcta. Mahmoud y él se conocían desde hacía años, y a los dos les gustaba pasar las tardes y los fines de semana leyendo cómics, viendo películas de superhéroes y jugando a los videojuegos.

En aquel preciso instante, sin embargo, Khalid estaba acurrucado en el suelo y cubriéndose la cabeza con las manos mientras los chicos más mayores le daban patadas.

—Ahora no eres tan listo, ¿verdad, cerdo? —le dijo uno de ellos.

—¡Los chiíes deberían saber cuál es su sitio! ¡Esto es Siria, no Irán!

Los suníes odiaban a los chiíes, pero aún odiaban más que los chiíes los dejaran en evidencia.

Con un grito de guerra que habría hecho que Lobezno se sintiese orgulloso, Mahmoud se lanzó contra aquellos chicos.

Y le dieron una paliza tan tremenda como la que se llevó Khalid.

A partir de aquel día, Mahmoud y Khalid quedaron señalados. Los dos chicos mayores se convirtieron en los abusones particulares de los dos amigos y se dedicaron a propinarles repetidas palizas entre clase y clase y al salir del colegio.

24 Fue entonces cuando Mahmoud y Khalid aprendieron lo valioso que era ser invisible. Mahmoud se quedaba en el aula todo el día, y nunca salía para ir al aseo ni al campo de deportes. Khalid nunca volvió a responder una pregunta en clase, ni siquiera cuando el profesor le preguntaba a él de forma directa. Si los abusones no se fijaban en ti, entonces no te pegaban. Ese fue el momento en que Mahmoud se percató de que, juntos, Khalid y él formaban una diana más grande; por separado resultaba más sencillo ser invisibles. No fue algo que llegaron a decirse el uno al otro, sino algo que llegaron a comprender sin más, y en el transcurso de un año ya se habían distanciado y ni siquiera hablaban el uno con el otro cuando se cruzaban por el pasillo.

De todas formas, un año después de aquello, Khalid murió durante un ataque aéreo.

Era mejor no tener amigos en Siria en 2015.

Mahmoud observaba ahora a estos dos chicos que atacaban al muchacho del pan, un muchacho al que ni siquiera conocía. Sentía el despertar de la indignación, la ira y la empatía en su interior. Respiraba más hondo, más acelerado, y se le cerraban los puños con fuerza.

—Debería hacer algo —susurró, pero sabía que era mejor no hacerlo.

La cabeza baja, la capucha puesta y la mirada en el suelo. El truco era ser invisible. No llamar la atención. Desaparecer.

Mahmoud cogió a su hermano pequeño de la mano, se dio la vuelta y buscó otro camino para llegar a casa.